

Sábado Misionero de la Mujer Adventista

5 de junio del 2010

Toque de fe

Autora del Sermón:

Marly Oliveira Reis
Directora de Ministerios de la Mujer
de la Asociación Mineira Sur

Coordinación:

*Departamento de los Ministerios de la Mujer de la
División Sudamericana de la IASD*

Diagramación: Victor Hugo Flores
Traducción: Departamento de Traducciones DSA

ORDEN SUGERENTE DEL CULTO

Preludio Musical

Entrada de la Plataforma

Doxología

Oración de Invocación

Diezmos y Ofrendas

Himno para las Ofrendas

Oración de Dedicación de las Ofrendas

Himno de Loor:

Oración Intercesora

Adoración Infantil: “Juan Marcos - El niño que amó a Jesús.”

Música Especial

SERMÓN: “El toque de la Fe”

Himno de Consagración:

Bendición Final

Himno de Despedida

Postludio

Adoración Infantil

JUAN MARCOS

EL NIÑO QUE AMÓ A JESÚS

Historia basada en la vida de Marcos – el evangelista y en Hechos 12:12

Materiales:

Una Biblia

Una Iglesia de corospum o material EVA

Personajes:

Un niño vestido con ropas de los tiempos bíblicos,

Un adulto vestido con ropa de los tiempos bíblicos para representar a Marcos adulto.

Juan Marcos era un niño judío de la ciudad de Jerusalén. Tenía dos nombres: uno judío – Juan, que quiere decir “lleno de gracia” y Marcos – un nombre romano.

Seguro que era un niño alegre y feliz, que intentaba descubrir todo sobre su vida, su religión y el templo, al cual le gustaba ir a adorar a Dios.

Su mamá se llamaba María y era una buena mujer. Algunas veces su familia recibía la visita de personas que iban allí para orar y estudiar. Él creció y llegó a ser un buen joven.

Cierto día, él escuchó a un amigo de la familia –

Pedro, hablar sobre Jesús. Juan no conocía a Jesús todavía, pero quedó impresionado con lo que escuchó; Jesús era el Hijo de Dios que vino a salvarnos a todos del pecado y la muerte. Él curaba enfermos, amaba a los niños, enseñaba a los adultos, iba a la iglesia y era amable con todos. Era el Mesías que ellos estaban esperando.

Juan Marcos escuchó con atención todo lo que el amigo Pedro hablaba. Cuando Pedro preguntó a los padres de Marcos si ellos creían que Jesús era el Hijo de Dios, pienso que Marcos no dudó y fue el primero en responder: Yo creo. Entregó su corazón a Jesús y comenzó a hablar de Él por donde iba.

Aún siendo muy joven, Juan Marcos conoció a Jesús y su deseo era que todos supiesen que Él era el Hijo de Dios. Después él escribió un libro contando sobre el gran amor de Jesús y sus milagros. Ese libro está en la Biblia; es el libro de Marcos.

Pedro y Marcos trabajaron juntos durante un buen tiempo, predicando sobre el amor de Dios y el regreso de Jesús, y muchas personas se convirtieron.

Juan Marcos amó mucho a Jesús y más tarde se convirtió en un pastor, enseñó a mucha gente y fundó iglesias. Su propia casa era una iglesia.

Esto sucede cuando amamos a Jesús. No podemos dejar de hablar del amor de Dios.

Ustedes quizás no pueden escribir un libro como Juan Marcos, quizás no pueden fundar iglesias, ni ser pastores, pero pueden amar a Dios, pueden hablar de Jesús y ser buenos niños. Pueden formar un Grupo Pequeño y transformar su casa en una pequeña iglesia. Cada niño puede ser muy precioso a la vista de Dios como lo fue Juan Marcos. Pidamos a Dios que nos ayude a ser así.

Ahora cada uno vuelva a sentarse al lado de sus padres porque vamos a continuar adorando a Dios.

Sermón

TOQUE DE FE

Texto bíblico: Marcos 5:24-34

“... y lo seguía una gran multitud, la cual lo apretujaba. Había entre la gente una mujer que hacía doce años padecía de hemorragias. Había sufrido mucho a manos de varios médicos, y se había gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada, pues en vez de mejorar, iba de mal en peor. Cuando oyó hablar de Jesús, se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto. Pensaba: «Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana.» Al instante cesó su hemorragia, y se dio cuenta de que su cuerpo había quedado libre de esa aflicción. Al momento también Jesús se dio cuenta de que de él había salido poder, así que se volvió hacia la gente y preguntó: ¿Quién me ha tocado la ropa? Ves que te apretuja la gente, le contestaron sus discípulos, y aun así preguntas: "¿Quién me ha tocado?" Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién lo había hecho. La mujer, sabiendo lo que le había sucedido, se acercó temblando de miedo y, arrojándose a sus pies, le confesó toda la verdad. ¡Hija, tu fe te ha sanado! le dijo

Jesús. Vete en paz y queda sana de tu aflicción.”

INTRODUCCIÓN

Vivimos en la era de la “generación salud”. La búsqueda por la salud, la cura física y el sueño de la eterna juventud, son los anhelos de muchas personas que hoy sufren de algún mal y de aquellos que quieren vivir con calidad. Para conseguir todo esto están dispuestas a dar y hacer cualquier cosa.

Fuimos creados para vivir y no para morir. Esto está dentro de nosotros y fue colocado por el Creador, pero muchos buscan ideas ostentosas para promover la salud y la vida, llegando hasta lo absurdo, como por ejemplo: negar la existencia de enfermedades, imaginando que si mentalmente cree que es un mal psicológico, la enfermedad se cura; también el consumo de pedazos de papel como si fuesen pastillas, alimentarse de luz y tantos otros tratamientos.

Existen enfermedades graves, serias, simples y de todo tipo: virales, bacterianas, genéticas, hereditarias, adquiridas, desarrolladas etc., y todas ellas necesitan ser combatidas. Los científicos trabajan día y noche intentando realizar descubrimientos que revolucionen el mundo de la ciencia y la farmacéutica, pero muchas enfermedades todavía son un desafío para la ciencia, a pesar de toda la tecnología moderna y los avances científicos.

Para cada enfermedad hay un tratamiento específico y una orientación. Uno de los tratamientos, y aunque parezca simple, es el toque. El ser humano tiene necesidad del toque. Se puede decir que el origen del toque es tan

antiguo como la historia de la humanidad. El uso de las manos como método de curación ha acompañado a la evolución de las sociedades desde los tiempos más remotos. La terapia del toque con las manos tiene un pasado a través de todo el Oriente, Egipto hasta el Japón, y cada cultura desarrolló paralelamente sus formas terapéuticas usando las manos como instrumento de curación.

De que un buen masaje tiene el poder de relajar y renovar las fuerzas, la gente no lo duda. Quién ya pasó por una sesión de masajes ya experimentó la sensación de salir tan leve como si estuviese flotando. En varios países, algunas clínicas y hospitales ya ofrecen masajes terapéuticos para complementar el tratamiento de las enfermedades como jaqueca, escoliosis, mala circulación, fibromialgia e hipertensión, por eso los médicos son categóricos en afirmar que el toque no substituye la medicina, la fisioterapia o la lactancia. Es sólo un complemento.

El hecho es que nadie quiere estar enfermo, nadie quiere sentirse adolorido. Nadie desea convivir con alguna enfermedad.

I. UNA MUJER CON PROBLEMAS

La Biblia nos cuenta que a orillas del Mar de Galilea, en la pequeña ciudad de Gergesa, en la costa oriental, una multitud esperaba a Jesús con alegría. Gergesa era el nombre de una villa próxima a Gadara, que era la ciudad más próxima; “Jesús permaneció por algún tiempo en las proximidades del lago, enseñando y curando”. Luego se dirigió a casa de Levi Mateo para un banquete. Él fue a los alrededores de Capernaum. Allí fue el encuentro del

Maestro curador y la mujer con una enfermedad que le acosaba por doce años.

Ser mujer ya era difícil. Ser una mujer sola era más difícil aún, pero ser una mujer sola y enferma, era algo aterrador.

¿Se han imaginado tener una enfermedad que cause una hemorragia intensa durante doce años? Las consecuencias serían desastrosas. Usted tendría una vida difícil, estaría débil por causa de la pérdida de sangre. Esa enfermedad alteraría sus días, limitaría sus actividades, traería descontento y si fuese como en el tiempo de Jesús, nadie podría o desearía estar cerca de usted. La enfermedad controlaría su vida, sus movimientos y le imposibilitaría hacer sus cosas. Lo más difícil sería ver que su dinero, que ganó en el trabajo, lo de sus ahorros, lo de la herencia de un tío distante que obtuvo y toda la ayuda que la iglesia podía dar, se gastó en consultas, exámenes dolorosos y tratamientos interminables, todo en vano, sin ningún resultado positivo, sin ninguna esperanza de curación. Usted se resignaría a esperar que sus días terminen solitarios e infelices.

De la mujer descrita en Marcos no sabemos casi nada. No sabemos su nombre, su familia, pero sabemos de su fe. Ella tenía una enfermedad que le causaba una hemorragia crónica y era una situación vergonzosa, desanimadora, que estaba más allá de la ayuda, del conocimiento y de la simpatía humana. Ella era considerada inmunda por las leyes judaicas. Estando en una condición inmunda, no podía casarse, tener una relación conyugal, convivir con amigos, ni el cariño, ni las caricias de los padres. Se exigía un ritual de purificación complicado a todos los que la tocasen.

Esa mujer fue excluida del culto y de presentarse en el templo, también del privilegio de adorar en la sinagoga con sus familiares y amigos. Ella se había consultado con numerosos médicos, sin obtener resultado. Marcos agrega que “sufría mucho en manos de varios médicos, y se había gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada, pues en vez de mejorar, iba de mal en peor”.

“Durante 12 años, ella vivió un continuo estado de impureza ritual. Su trastorno sólo era menor que la de un leproso o de una persona que había tocado un cadáver. Por su causa, las camas, ropas y lugares en que se sentaba, se tornaban impuros”.

Al oír hablar de las curaciones que Cristo hacía, revivió su esperanza. Ella estaba segura de que si pudiese estar con Él, aunque sea por un momento, así fuese sólo para tocarle, se curaría de su enfermedad. Por mucho tiempo intentó ser curada, ahora parecía que sería posible, entonces, no dudó. Muchos otros consiguieron ser curados milagrosamente, aún casos imposibles, eso también podía suceder con ella.

II. CUANDO LA MULTITUD IMPIDE

Para acercarse a Jesús, esta mujer tuvo que enfrentar dos preconceptos:

De ser impura, según la ley (Levítico 15:25-33; 20:18) y de ser mujer, pues en aquella época, las mujeres no tenían los mismos derechos que los hombres.

Con mucha dificultad, ella fue hasta la orilla del mar, donde Jesús estaba enseñando, pero no podía llegar cerca de Jesús. Entonces intentó seguirlo hasta la casa de Levi

Mateo, pero igualmente fue imposible acercarse a Él. Casi entró en la desesperación, estaba tan cerca de conseguir su propósito, pero no podía hablarle, había mucha gente alrededor de Él.

Existen situaciones cuando nos encontramos que hay una multitud entre nosotros y Dios. Personas que nos impiden acercarnos a Jesús y recibir sus bendiciones, pero el Señor nunca deja a sus hijos en la desesperación. Cuando faltan las fuerzas o las condiciones, Él viene a nuestro auxilio. Eso fue lo que sucedió con aquella mujer. Jesús caminó por entre la multitud de gente y llegó cerca de donde ella estaba. Ahora imagina, la oportunidad estaba allí, ella no pudo ir hasta Él, pero Él se acercó a ella.

Ella ya no pensaba en hablar con Él, ni pedir algo, no sería posible, pero pensó que si por lo menos tocase el manto de Jesús, ella sería curada. Ella no confiaba en el manto de Jesús, sino en el propio Jesús. Ver a Jesús fue suficiente para que la mujer retomase su fe.

Finalmente ella pudo llegar bien cerca de Jesús y extendiendo su mano, consiguió apenas tocar su manto con la punta de los dedos. Elena White dice en el Deseado de Todas las Gentes, que ella avanzó hasta conseguir tocar levemente la borla del manto de Jesús.

Luego que ella tocó el manto, la hemorragia paró completamente. Una sensación calurosa y maravillosa de salud y bienestar penetró en todo su cuerpo y sintió que después de todos esos años de dolor y sufrimiento, finalmente estaba curada. Ella concentró en aquel único toque toda su fe, y en un momento, la enfermedad, la flaqueza, la tristeza, la soledad desapareció, y su alma se

llenó de vigor y perfecta salud. Lo curioso es que no se trató de una cura a distancia, como la del siervo del centurión, ni del toque intencional de Jesús, como aconteció con la suegra de Pedro; no fue Jesús quien tocó a ella. Se trataba de un toque de fe que era lo más próximo que ella pudo alcanzar de Jesús, su manto.

III. ¿QUIÉN ME TOCÓ?

Ella estaba llena de agradecimiento, pero reconociendo la indignidad de su situación, intentó retirarse por entre la multitud. Jesús volteó en su dirección y dijo en voz alta: ¿Quién me tocó? Todos notaron y oyeron a Jesús a pesar del bullicio que había. Sus discípulos le respondieron espantados: “con toda esta multitud apretando por todos lados, preguntas ¿quién me tocó? La pregunta sonó muy extraña a los discípulos y al pueblo. Pedro, el más rápido en responder dijo: “Señor no podemos creer lo que dices. Una tremenda multitud está a tu alrededor apretándote, pues quieren llegar cerca de ti y preguntas ¿Quién me tocó?

Obviamente Jesús sabía quién lo había tocado. Jesús es Dios y como Dios es omnisciente. Pero Jesús quería hacer algo más por aquella mujer. Si la sociedad la rechazaba por la enfermedad que tenía, si la consideraba impura por tener una hemorragia crónica, ella necesitaba de una restauración social.

Aún temblorosa por lo que había acontecido, la mujer vino y se postró a los pies de Jesús y le contó lo que le había ocurrido. Amoroso y con gran ternura, como un padre habla a su hijo, Jesús le dijo: “¡hija, tu fe te ha sanado! Ve en paz y queda sana de tu aflicción”. Jesús deseaba darle

la restauración física. Públicamente ella manifestó su fe en Jesús; públicamente Jesús anunció su curación.

Nosotros somos seres sociales y no vivimos para nosotros mismos. Necesitamos de las relaciones interpersonales para completar nuestra existencia – esposa, esposo, hijos, amigos, hermanos, padres, madres, vecinos, colegas de trabajo, vendedores, productores, choferes, todos componen nuestra esfera de relaciones interpersonales y no nos podemos aislar de ellos. Esta mujer que había estado enferma, sabía muy bien lo que era vivir aislada.

Su comunidad sabía de su mal, conocía su dolor. Nadie tenía la solución, pero el problema lo conocían muy bien. Para que ella pudiera volver a la convivencia social de la cual había estado alejada, tendría que pasar un buen tiempo, el pueblo necesitaba saber que efectivamente estaba curada. Para liberarla de la restricción de ser impedida de entrar en diversos lugares, de hablar con las personas, de ir a la iglesia, Jesús hizo la pregunta para que todos pudieran oír la respuesta. Entonces cuando ella volteó para asumir que ella fue quién lo tocó, Jesús pudo hablar libre y públicamente: “¡hija, tu fe te ha sanado! Ve en paz y queda sana de tu aflicción”.

Saben, ni un gesto pasa desapercibido por el Dios del cielo. En Él siempre habrá poder para solucionar obstáculos. Todo lo que sentimos, lo que deseamos, lo que hacemos, pasa por el mirar misericordioso del Dios eterno. El poder de Jesús hace eso en la vida, trae restauración física, social y emocional. Jesús quería devolver a aquella mujer la capacidad de movilizarse, de transportarse, de la actividad y la restauración física, y fue más allá, le dio

también la capacidad de amar y ser amada, respetada, la posibilidad de vivir en familia y de volver a adorar a Dios en la comunidad.

Ahora sí, su vida podría volver a lo normal. Podría comenzar una nueva vida ¡Qué transformación con un único toque!

IV. CONCLUSIÓN

Dios quiere restaurarnos completamente, tanto física, social como espiritualmente. Necesitamos tocar a Jesús. Tenemos un Dios único, que no es Dios de multitudes, sino de individuos, Él ve a cada uno distintamente, conoce nuestras dificultades, dolores y nos socorre conforme a nuestras necesidades.

Muchos en aquella multitud tocaron a Jesús y no fueron curados ¿Por qué? Aún hoy, en nuestros días, muchos aprenden de Jesús, estudian su Palabra, lo respetan, pero no son transformados ¿Por qué?

“Porque la cura o la transformación, el cambio de vida o de rumbo, sólo ocurre mediante la confianza real, la fe legítima en Él y no mediante un mero contacto con su evangelio, con su iglesia o con su historia. Hoy las personas conocen muchas cosas, pero poco conocen de Dios. Jesús compensará a aquellos que lo satisfacen de manera real. El toque de Cristo no transformará a todos, solamente a los que lo deseen fervientemente. Aquellos que se dejen atraer por Cristo serán ayudados infinitamente”.

El poder de Dios y el toque divino, calma cualquier tipo de dolor, revierte cualquier situación, y no hay miseria humana que no pueda ser aliviada con el toque del Señor.

En 1 Pedro 5:7 leemos la invitación: “Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes”. Jesús está dispuesto a darnos la curación que necesitamos. Su toque de amor alcanza nuestra alma y nos cura, toca nuestro corazón y nos transforma, toca nuestra vida y la restaura, toca nuestra fe y la hace crecer, toca nuestra mente y la hace entender sus verdades y su amor.

Jesús está dispuesto a venir a donde usted está. Está esperando que se apresure y pueda tener la certeza que tuvo David. Él sabe todo respecto a nosotros, por eso puede socorrernos.

Ir a Jesús es como si estuviéramos diciendo: Señor, tú sabes que deseo ser bueno, sabes que anhelo tener mi carácter transformado y mis impulsos sujetos a tu voluntad. Sólo tú Señor ves el corazón y nuestras intenciones, entonces te suplico - entra en mí y ayúdame a cambiar todo lo que es necesario. Tengo fe suficiente y creo, pero soy demasiado débil para cambiar. Restaura mi vida por tu gracia. Te acepto y te alabo por tu gran amor.

La vida está en una constante búsqueda y en la tentativa de ser feliz, pero sólo hay un lugar donde podemos encontrar la verdadera felicidad - aquella que motiva la vida y anima el espíritu - a los pies de Jesús. Esta es la gran verdad, pues el ser se renueva y reforma cada mañana al encontrarnos con el Señor. Por la comunión, la contemplación y la obediencia, somos transformados. El toque de la fe nos lleva a una mejor relación de amparo y amor, una mejor comprensión de la necesidad de la presencia del Salvador de la vida. En Jesús tenemos nuestro mejor ejemplo, en su amor tenemos nuestra mejor

seguridad, en su gracia tenemos nuestra mejor certeza – ¡la vida eterna!

Pidamos: Señor, toca mi vida para tener humildad suficiente para reconocer que sin Cristo, la enfermedad del pecado no tiene curación. Que tengamos fe suficiente para creer en la gracia perdonadora de Jesús y que Dios nos bendiga, nos salve y cure nuestro corazón, manteniéndonos fieles hasta que recibamos la transformación eterna. ¡Amén!



IGLESIA
ADVENTISTA
DEL SÉPTIMO DÍA

Toque de Fe



João

